

NO TENGO TIEMPO
(SÉPTIMA Y ÚLTIMA ENTREGA)
POR
CIENCIA VUDÚ

Conseguir ropa blanca estuvo en chino. Nunca he sido de las que se visten todas de negro, pero tampoco tengo ropa blanca. Para poder venir preparada esculqué el closet de mi hermana y le volé una blusa de su etapa mística. Hace años que no se la pone, nunca dura mucho en nada de lo que haga: ashrams, ser vocalista de un grupo de música, curso de cocina, ir a la iglesia, medicina alternativa, estudiar francés, taller de cuento, lo que sea.

¿En dónde estará?

Hace mucho que yo tampoco voy a la iglesia. No desde que mi abuela me llevaba. Ahora a nadie de mi familia le importa. A mí tampoco. De todos modos no me esperaba esto. En lugar de un ambiente oscuro y místico, la iglesia se ve exactamente como lo que es: un cine con las luces encendidas. Está repleta de gente. Las paredes son blancas y tienen algunas cruces colgadas. Nada más. El pastor es un hombre gordito, lleva camisa azul, corbata roja a rayas y pantalón gris: podría ser banquero. Más bien cajero de un banco. No es brasileño, es mexicano.

Lástima.

El pastor toma el micrófono y nos dice así sin más: Sienten la mala vida. Sienten el mal rumbo a su vida. En su

trabajo todo les sale mal. La envidia tiene amarrada su economía. Éste, es el día de la liberación. Reciban el incienso consagrado y, por la fe, serán liberados de todo mal.

Nos comienza a echar un rollo de la Biblia y los peligros de dejarse llevar por las ideologías materialistas. En el libro está toda la verdad: Dios creó al mundo y al hombre y a la mujer (y en ese orden); en la Biblia está toda la verdad. Me entra la ansiedad. Dejo de escuchar y me pongo a ver a la gente.

Casi todos son ancianos -sobre todo mujeres- o discapacitados. Hay una señora con muletas, un chavo sin piernas y un señor con una media en la cara y las manos quemadas. Me sobresalto cuando el pastor nos grita:

¡Levántense!

Nos levantamos y ya no nos volvemos a sentar durante toda la ceremonia.

El pastor se acerca a una mujer de las primeras filas y se la lleva al escenario. Él le pide que nos hable de sus problemas y ella comienza a contar: me trajo mi suegra. Hablé con un pastor. Hice mi sacrificio. Pude embarazarme. Y soy Feliz, Gracias a Jesús. Yo le diría a las personas que no pierdan el tiempo. Participen. Ésta es su solución. Jesús nos da una nueva vida. Una transformación.

Todo mundo aplaude.

Yo también aplaudo.

La mujer sale y los ayudantes entran al escenario, traen a una vieja por los brazos. No puede caminar bien y ellos la levantan, casi la cargan. La vieja llora. El Pastor la toma de los hombros, la sacude.

¡Dime quién eres en realidad! ¡Dime!

¡Aaaaaaaaaa!

¡Dime!

¡Satán! ¡Soy Satán!

¿Qué quieres con esta mujer? ¿Por qué la acosas?

¡Aaaaaaaaaa, quiero destruirla! ¡Destruirla!

En nombre de Jesús, en nombre de Cristo, que sacrificó su vida, ¡sal!

¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

Unos momentos de silencio. Luego, alguien tose.

El pastor hace un movimiento brusco, jala a la mujer: ésta cae al suelo y ahora sí grita en serio. Se sostiene la mano y se queja: cayó sobre ella: le duele: le duele mucho. El pastor dice que es una reacción del demonio. Le toma la muñeca y la golpea contra el crucifijo que está en el escenario. Ella ya no grita, berrea. ¡Aléjate Satanás! ¡Aléjate! El pastor sigue golpeando la mano contra la piedra. ¡Respeto a Jesús tu señor! Todo el teatro está en silencio. Alguien me toma la mano, todos nos entrelazamos. Finalmente, el pastor deja de golpear, jadea, y sujeta a la mujer por los hombros, que ya dejó de gritar y ahora sólo llora y se detiene la muñeca.

Usted ya está mejor.

Todos sentimos alivio.

El demonio ya salió de usted. Gracias a Dios. ¡Gracias a Jesús! ¡Amén! Ve, buena mujer, ve en paz. ¡Ve!

Los dos gorilas entran al escenario y se la llevan. La mujer no para de gemir.

El pastor toma aire, se dirige hacia nosotros de nuevo, y nos dice: amén. Amen contestamos todos. ¿Quién

quiere estar con el Señor? ¡Yo!, contesta todo el mundo, todos levantan las manos, se paran hasta de puntitas para demostrar que ellos quieren estar con el Señor más que nadie. ¿Quién?, pregunta de nuevo el pastor. Todos siguen diciendo que ellos quieren estar con el Señor. El Señor está con ustedes, les responde el pastor. Recuerden: todo lo que den se les regresará al doble, o al triple. Den, denle a Jesús sin miedo, cada moneda será una semilla de la que crecerán el amor y la verdad. Si alguien les dice cosas, que no vengan, que no tengan confianza, que no tengan fe, no hagan caso y recuerden las palabras de Jesús a sus apóstoles: sí los perros ladran, es porque estamos subiendo.



Más tarde, en casa, cuelgo el teléfono y me quedo mirando el adorno del Quijote que mi papá puso en la sala. No me había fijado lo horrible que es. El Grunch no ha llegado todavía a su casa, su mamá del Grunch me dijo que seguramente está ensayando. Luego me preguntó si estoy lista.

Sigo sola en casa. Ya van dos días. Tendría que ir al hospital con Sonia, pero en lugar de eso bajo por el elevador, salgo de la Unidad, cruzo Copilco, me subo a una pesera y me voy para Taxqueña.

Al llegar, toco el timbre de la casa que la Bitle y el Pacman ocuparon. Me acerco mucho a la puerta, pero no se escucha nada. Nadie está ensayando música. Vuelvo a tocar. Nada. Miro la casa y me doy cuenta de que ni siquiera estoy segura de que sea la dirección correcta. Volteo a ver las

otras casas de esta calle. Nada. Podría ser cualquiera. Tampoco estoy segura que esta sea la calle correcta. Después de un rato me regreso a la Unidad.



¿Entonces qué onda?, le pregunto al Guasón, ¿me acompañas mañana?

Me contesta si neto quiero que me acompañe.

Ándale, no seas así.

Más tarde este domingo hay una fiesta infantil en la plazoleta. La piñata le cayó en la cabeza a uno de los niños, creo que era el festejado. Los demás invitados aprovecharon y se llevaron todos los dulces: al chillón no le tocó nada y cuando se dio cuenta se puso a llorar de nuevo. El Guasón y yo nos acercamos nomás para ver y hasta ahora nos ha ido bien: nos dieron pastel y una bolsita con dulces. A mí me ponen contenta estas cosas, me gustan los dulces desde siempre. El Guasón, en cambio, está serio.

¿Oye, Chaparra, tú piensas tener hijos?

Por unos momentos el ruido de la fiesta baja: el payaso está haciendo trucos de magia. Los niños exclaman *ooooooooohhh* cuando el billete que había sido cortado en trocitos aparece entero dentro de una mandarina. Me recuerda al idiota que se disfraza de payaso en mi trabajo todos los fines de semana. Por lo menos éste no tiene a un mocoso detrás de él dándole de patadas en el trasero.

¿Qué te pasa? ¿Por qué preguntas eso?

Nomás. Se me ocurrió, digo, algún día, no ahora.

No lo había pensado.

No es cierto, he pensado en esas cosas miles de veces, nunca en serio.

¿Hace cuánto que no veníamos a una fiesta infantil?

Chale, pues no me acuerdo, hace mucho.

Antes hacían muchas aquí abajo, ¿no?

No sé qué responderle al Guasón. ¿Cuándo fue la última vez que bajé a una fiesta aquí? Por más que lo intento, no puedo recordar. Yo no era muy social y la mayor parte de las veces prefería no bajar a jugar con las demás niñas, no me invitaban mucho. A ningún lado.

El Guasón sigue serio. Neto, Chaparra, cuando escucho que la niñez es la edad dorada, o que los niños son inocentes, me dan ganas de sumirle la cabeza en un escusado al que lo dijo y jalarle. El Guasón remueve el pastel de su plato desechable, trata de separar el pan del merengue y sólo consigue despedazar el pastel y revolverlo más con el merengue.

Cámara.

No sé me ocurre mucho más decir.

Los niños o son idiotas o son crueles, explica, no me gustan, no me han gustado nunca, ni siquiera cuando yo era un niño. Creo que tiene razón, yo tampoco recuerdo mi niñez con felicidad.

Es irónico que me digan como me dicen, continua, porque se han reído de mí casi toda mi vida. Y tenía un amigo al que le fue peor: un día en el recreo lo empujaron por las escaleras del patio y se le rompieron dos dientes de enfrente. Le tuvieron que poner dientes postizos de porcelana o algo así. Sólo tenía once años y ya había comenzado a perder sus dientes, ¿te imaginas? A mí de

maricón no me bajaban. Una de las peores cosas que vi fue a un chavito de una generación más debajo de la mía al que algunos de sus compañeros agarraron a la salida. Lo llevaron a un salón y mientras unos lo sujetaban, otro le metía y sacaba una pluma en el culo. La dirección no hizo nada, aun ante la indignación de algunos de los maestros que pedían la expulsión a los gandallas, de todos modos no les hicieron nada. Es una historia verdadera. En comparación, a mí me salió barato. La sociedad protege mucho a los niños, ¿quién nos protege a nosotros de ellos?

No sé que decir. El Guasón tampoco dice nada y sólo juega con los restos del merengue. Se queda callado un rato, hasta que por fin dice:

Chale, bueno, órale, yo te caigo mañana.

Chido.

Algunos ya se han ido a sus casas, pero la fiesta infantil sigue en la plazoleta.

Cuando llego a mi cuarto de nuevo, encuentro a mi hermana durmiendo en mi cama. Hace frío y la sábana se le ha caído un poco. Puedo ver que no trae ropa. La miro dormir durante un rato. Me pregunto si se despertaría en caso de que le pusiera una almohada en la cara hasta ahogarla. En lugar de eso me quito la ropa mojada, me meto a su cama y me duermo yo también.



Prefiero caminar. Así la espera se hará más larga. Las cuerdas pasan, la gente pasa. Todos hacia el trabajo o la escuela.

Salgo por Universidad y me sigo derecho. Anoche llovió y el pavimento está mojado todavía, una mamá jala y levanta por el brazo a su hijita para que no pise un charco. La niña se queja, su madre no le hace caso y la sigue arrastrando, seguramente van tarde. Hay demasiado tráfico, como siempre a esta hora, o a cualquier otra. Paso por el minisuper y veo a los empleados apurados porque todo mundo se para a comprar jugos, pan y yogurt. Los saludo desde lejos pero no me ven y siguen atendiendo a los clientes. Me sigo de largo.

Llego al restaurante diez minutos después. Hay algunas personas afuera, viendo. Se ha formado una bola y me parece ver al Gerente por ahí, entre la gente. Está de pie, con la mirada perdida. Nada más. Los demás están ahí con él. El Güero de Rancho es el único que intenta hacer algo y trapea la banqueta. Es inútil. Por todos lados hay montones de charcos de pintura roja. También hay huellas rojas de patas de vaca, hasta en lugares a los que sólo el Hombre Araña

podría llegar. Lo más interesante es lo que han hecho con los carteles publicitarios:

Junto al letrero que dice ME GUSTA, añadieron AUNQUE ME MATA.

En donde dice: MÁS DE 50 MILLONES DE CLIENTES SERVIDOS, tacharon la última palabra y pusieron INSERVIBLES.

El niño gigante que está en la foto, y que todos los días aparece sano y sonriente, fue decorado de tal forma que se viera desnutrido, enfermo y con cicatrices de lobotomía en la frente. A su lado está la madre, una ciudadana normal sobre la cual han pintado la imagen del cadáver de una vaca en un rastro.

Finalmente, alrededor del cartel en el que está la nueva campaña publicitaria, esa que dice: ¿QUÉ PUEDES HACER CON 60 SEGUNDOS? Escribieron la siguiente lista:

TIRAR 300 TONELADAS DE BASURA
ENVENENAR 100 MIL LITROS DE AGUA
DESTRUÍR 500 KM² DE SELVA
ADIESTRAR 100 MIL NIÑOS MÁS
ENVENENAR A 32638 CLIENTES
EXPLOTAR A 150000 TRABAJADORES
GASTAR 12400 DÓLARES EN PUBLICIDAD

Como toque final, sobre la puerta de la entrada grafietaron un letrero enorme con la pintura roja que dice: ABANDONEN TODA ESPERANZA.

Llevó quince minutos aquí parada y nadie se ha dado cuenta de mi presencia.

Después de un rato de mirar los letreros, decido seguir mi camino. No quiero llegar tarde.



Miro con envidia a la chica vestida de azul que atiende a un cliente. No puedo escuchar qué dicen. Quiero pensar que ella no sabe nada, no conoce al grupo o se confunde de disco o algo así.

Quiero pensar que yo puedo hacer mejor su trabajo.

La chica de azul sigue hablando con el cliente, tiene un compacto en la mano. Cuando me decido y comienzo a acercarme a ella me interrumpe la voz del Guasón:

¿Ya?

Ahí voy.

Me muero de hambre, Chaparra, ¿qué tan difícil es darle un papelito a alguien?

Ya voy, neto.

¿Llegaría a empleada del mes vendiendo discos? No sé por qué la chica de azul se tarda tanto con ese cliente. Todos los demás empleados también están ocupados. Traigo la solicitud de empleo en la mochila, me tardé horas en llenarla. Rompí cinco antes de tener una decente. Por lo menos espero que haya quedado decente. Lo peor fue la foto, busqué por todo mi cuarto y solamente encontré unas horribles. Me veía tan mal que le pinté bigotes y un diente chimuelo y hasta mejoré. No podía poner ninguna de esas fotos.

Tuve que ir a un puestito de fotos detrás de CU. Había mucha gente y esperé mucho en una fila. Al final quedaron peor que las otras; estuve tentada a poner mejor la del diente chimuelo y cuernos de diablito en la solicitud. En las nuevas parezco presidiaria, sólo me falta el letrero

con el numerito. No me puedo sacar otras fotos porque quiero entregar esta solicitud ya y la chica de azul no para de hablar con el cliente. Ahora están viendo otro disco.

Neto, chaparra, apúrate para que nos vayamos, si quieres yo se la doy.

¿Por qué no me deja en paz? La chica de azul y el cliente voltean hacia nosotros, yo agarro un disco y me cambio de pasillo.

Ya voy, aguántame.

Pa' qué te molestas, me dice, con el Internet, los mp3, y esas cosas, todas las tiendas de discos van a quebrar; la onda es vender todo en electrónico, por la red, Chaparra; sí, un chingo de gente se va a quedar sin trabajo, pero va a haber un chingo de trabajos más, para programadores y diseñadores; tú no tienes bronca, aunque no vayas a poder tener una de esas chambas, esos siempre van a necesitar alguien que les prepare hamburguesas.

Chale.

No sé para qué vino, bueno, yo le pedí que me acompañara a dejar la solicitud, pero no sabía que se iba a poner así. Veo el disco que tomé y es bastante bueno: Sonic Youth. En el video de una de las canciones sale el actor de *Mi pobre angelito*, pero ya adolescente, deforme y con granos. Volteo. El Guasón está del otro lado de la tienda, en la zona de películas. Mejor. Cuando cree que nadie lo ve toma un DVD y se lo mete debajo de la chamarra.

Es muy interesante eso de la cleptomanía, ¿cómo se sentirá la necesidad de llevarse algo, cualquier cosa, que no sea tuyo? Después de que lo corrieron de su trabajo por

robarse las revistas, el Guasón llegó a un acuerdo con unos vendedores de libros usados. Es menor de edad y tiene cara de menso, por eso nadie sospecha de él. Se pasa las tardes robándose libros nuevos de las librerías. Según su teoría, los vigilantes ya lo conocen pero son buena onda con quienes buscan libros para consumo personal. Se ensañan con los que se dedican a vender los libros robados. Veo que el Guasón saca la película de su chamarra y la regresa a su lugar. Después viene hacia mí muy quitado de la pena.

Chale, se queja, mejor te espero afuera, no te tardes.
Y se va.

En lo que espero, me pongo a ver qué más tienen. El cliente se va por fin y la chica de azul se dedica a arreglar unos discos. Desde aquí puedo ver que están fuera de lugar y le ayudo a acomodarlos mentalmente. Saco la solicitud de mi mochila con mucho cuidado, no quiero que se arrugue. Sólo me faltaría eso: entregar una solicitud rota y con una foto de presidiaria. La chica de azul termina de acomodar y me ve. Se me acerca y me pregunta:

Buenas tardes, ¿en qué puedo servirte?



¿Cómo te va?

Chido.

¿Y la tocada?

Ahí vamos.

Quiero preguntarle algo, pero no me atrevo y en lugar de eso le pregunto otra cosa: ¿vienes de ensayar?

Nel.

El Grunch y yo no quisimos ir a la plazoleta porque está mojada, así que caminamos por la Unidad. Todavía chispea. Llegué hace dos horas. Ya casi me iba a poner la pijama cuando tocaron el timbre. Me asomé a la ventana porque el interfón no sirve y ahí estaba el Grunch.

¿Qué haces?, me gritó.

Nada.

Pues baja, ¿no?

Y bajé.

Me tardé unos minutos buscando unos calcetines nuevos porque los que me había quitado estaban mojados, en ponerme las botas, y en buscar una chamarra. Hola, nos saludamos de beso. El Grunch estaba muy frío.

El otro día me encontré a tu amiga afuera del metro. Te estaba buscado, le digo. ¿Neto? ¿Y qué cuenta? Pues nada, ya sabes, te andaba buscando. Neto, repite, ¿y qué quería? Pues yo qué sé, es tu amiga, no mía. Chale, pues qué clavada. ¿Sabes?, el otro día fui a buscar al fantasma de Rockdrigo. Pausa. ¿Y lo encontraste? ¿A quién? Pues al fantasma. No mames, se ríe, es un decir, los fantasmas no existen. Mira, Chaparra, ayer sacaron una encuesta en la televisión, preguntaban a la gente si era feliz, resultó que la mayoría de los mexicanos somos infelices.

¿Sí?, pregunto, ¿y?

¿Qué?

¿Para qué me cuentas todo esto?

Pues nomás. Está cagado ¿no? La semana pasada la pregunta era para ver quién había visto un Ovní y resulta que la mayoría de los mexicanos han visto uno, digo,

tampoco hay que tomárselo tan en serio. Otra pausa. Creo que nos va a ir bien en la tocada.

Luego me pregunta si sé que mi corporación esa de las hamburguesas desgració el centro histórico de Oaxaca abriendo allí una sucursal a pesar de las leyes que lo prohibían. Sí, le contesto, lo sé, aunque no lo sabía y no sé si me importa.

El Grunch es como un pararrayos, como volar un papalote con una llave amarrada: todo siempre le pasa a él. Si de niños andábamos en avalancha él era quien se caía. Una vez, fuimos a un reventón en un terreno baldío y él se cayó en la fosa; en una fiesta a él lo tiraron a la alberca; si había bronca a él era al que golpeaban. Viéndolo así ahora, tan tranquilo, es más difícil relacionar todo eso con él. Pero ahí está, con su camiseta negra y su sonrisa a medias. Ahí está, tan irritante como siempre. De pronto me dan ganas de darle un beso. No lo hago. Quiere saber si voy a ir a verlo tocar, aunque ya sabe la respuesta. Le digo que sí, ahí estaré. Chido, pues nos vemos allá entonces. Quiero preguntarle algo antes de que se vaya. Quiero contarle algo. No lo hago.

Y se va.



Recuerdo que me moría por llevar un vestido sin mangas y con escote y no me dejaron. Yo ni quería participar. A lo mejor muy dentro de mí sí quería, de todos modos me la pasé enojada todo el camino hacia la escuela. Todavía no se lo perdono a mi familia: me obligaron a participar y no me dejaron llevar el vestido que me gustaba. Como era mi día pude sentarme en el asiento delantero del coche de mi papá. Era una Golf azul cielo vieja y descarapelada, cuando dejó de servir se quedó parada en el estacionamiento de la Unidad por años. Luego fue desapareciendo en pedacitos, un día faltaron los espejos, otro las llantas, otro las puertas, hasta que quedó el puro cascarón. En mi casa nadie hizo nada, todas las mañanas la veía ahí abandonada.

Luego ya no la vi más.

En la primaria había otras más bonitas que yo y más altas. De todos modos las finalistas fuimos una niña con frenos de caballo, hija del profesor de educación física y yo. Al final mi vestido tenía algo que parecía encaje en las mangas y un bordado azul en la panza. Era blanco, me apretaba un poco y no me dejaba caminar bien. Por otro lado, era bueno que fuera tan largo porque tapaba mis zapatos ortopédicos. Recuerdo que ese día la otra niña se

quitó los frenos de caballo para concursar, pero ni modo que yo anduviera descalza.

Me llevaron al salón de belleza muy temprano y eso sí me parecía emocionante. Bueno, sólo al principio, después de un rato ya no quería porque me jalaban los pelos y me dolía mucho; además la pistola secadora me quemaba la cabeza. No dejaron que me levantara y me tuve que aguantar. ¿No quieres verte bonita?, me preguntaban, ¿no quieres ganar? De ganar a perder yo prefería ganar, claro, pero a la vez me daba pena, yo no era muy popular en la escuela. Ahora todo mundo se fijaba en mí, era el centro de atención. Por una parte sí quería ganar, pero por otra quería seguir siendo invisible.

El concurso de la reina de la primavera no tenía nada que ver con quién era más bonita (ni la de los frenos de caballo ni yo hubiéramos podido de ganar), sino quién juntaba más dinero. Los días anteriores a la premiación hubo mucho movimiento en mi casa; mi papá se dedicó a pasar el bote con toda la familia y todo mundo cooperó. Mi abuela, las tías, los amigos, incluso los vecinos del edificio. Ahí iba yo, de la mano de mi papá y de mi hermana, con mi vestidito blanco, de puerta en puerta pidiendo dinero. Después fuimos a todos los demás edificios en los que mi papá tenía conocidos: Brasil, Ecuador, Panamá, Argentina, y los demás. Paseamos por toda Latinoamérica. He de haber caído en gracia a todos. Se portaron muy bien con nosotros.

Pero cada que alguien nos abría la puerta yo intentaba esconder los pies.

Cuando se les ocurrió que participara en el concurso, nadie se acordó de mis pies planos. Quisieron comprarme unos zapatos lindos, que fueran bien con el vestido. Fuimos a una tienda me probé, creo, todos los de mi talla. Todos me lastimaban. Otros no me dolían, sólo me molestaban y parecía pingüino cuando intentaba caminar. Al final me compraron unos ortopédicos nuevos. Me daban pena, pero ni modo.

Por lo menos eran nuevos.

Ya en la escuela la cabeza me picaba de tanto spray en el pelo y pasadores. Cada que intentaba rascarme me daban un manazo para que no me despeinara. Nos formaron a todas las concursantes en el patio, frente a los compañeros y sus papás, y el director iba diciendo nombres hasta que al final sólo quedamos las dos finalistas.

Las escuelas están llenas de ridiculeces como esas: kermeses, tablas gimnásticas, festivales del día de la madre, asambleas... El papá de la otra niña estaba al frente con otros maestros y me ponía muy nerviosa. Me hacía sentir que la de los frenos de caballo merecía ganar porque su papá daba clases en la escuela. Después, cuando veía a ese maestro me daba vergüenza -y lo vi los tres años siguientes porque yo iba apenas en tercero de primaria-.

Cuando anunciaron que yo era la ganadora, la otra niña se puso a llorar y a hacer un berrinche enorme. A su papá no le importó nada y siguió sentado en su lugar, platicando con los demás profesores. En cambio, mi papá se levantó y comenzó a aplaudir y a gritar; desee que no estuviera ahí. Me pasearon un rato por toda la escuela y cuando parecía que todo había terminado regresamos a la Unidad y mi

familia me paseó ahí también. Visitamos a todas las personas que habían cooperado con nosotros para darles las gracias, luego mi papá los invitó a todos a la casa a celebrar. Yo sólo quería que todo terminara para poder quitarme el peinado y sentarme a ver televisión.



Acabo de escuchar el mejor cover de "Twenty Four Hours" que haya oído jamás. Está bien, es el único cover de "Twenty Four Hours" que he escuchado, pero es muy bueno.

Sigo esperando que salga el Grunch.

El grupo que está en el escenario toca demasiado bien.

Eso no es bueno.

Estoy parada junto a una pareja enorme. Además de alto, él es muy gordo. Ella es delgada y muy alta también. Tienen más de cuarenta años y pinta de rockeros viejos. Me piden un cigarro y se los doy, no tengo con que encenderlo y se los digo. Ella saca un encendedor Zippo. Enciende el cigarro de su novio, luego el suyo y luego me lo ofrece a mí con la llama encendida. No tengo demasiadas ganas de fumar, pero de todos modos saco un cigarro de la cajetilla. La llama sigue encendida y acerco mi cigarro. La pareja se voltea y comienzan a besarse, como adolescentes. Él le acaricia el trasero a ella con la mano en la que tiene el cigarro encendido, pero no la quema ni nada; ella aleja la mano en la que tiene su cigarro para no prenderle fuego a su cabello. Esto parece una convención de camisetas negras. El Guasón no pudo venir hoy.

Está castigado.

Según su propia versión, el Guasón era un maestro para robar libros, aunque si lo corrieron de su otro trabajo por rata no debe ser tan bueno. Ahora lo pescaron en una librería. Según me contó ayer, lo tuvieron encerrado muchas horas en una oficina y amenazaron con llamar a la policía. Él me lo contó con mucho sarcasmo, pero seguro se la pasó llorando todo el tiempo y rogándole a los de seguridad. Al final llamaron a su casa, y su papá fue por él. No lo sé de cierto, pero se me hace que esta vez hasta le pegó. Ahora está amenazado: para defenderse alegó que era cleptómano y ahora va a ir a terapia con un psicólogo. Además, lo van a obligar a buscar un trabajo en serio. Cualquier otro hubiera mandado a la chingada el castigo.

El Guasón es incapaz.

La banda que está en el escenario se llama *El Juego de Tú*. Tocaron también "Where did you sleep last night?" Ahora están con "That'll Be The Day" de Buddy Holly. Esa última la conozco porque mi papá la ponía todos los fines de semana. No sé porqué, pero sólo los fines de semana. El vocalista de *El Juego de Tú* canta: You say you're gonna leave/ You know it's a lie/ 'cause that'll be the day when I'll die.

Yo canto con él

Es curioso cómo el rock puede ser tan fresca. Para empezar es domingo y son las dos de la tarde, cuando debería ser jueves o sábado a las dos de la mañana. Este concurso parece más bien una tardeada. En lugar de chavos gruesos bailando slam y poniéndose hasta la madre, lo que hay es un montón de familias y todo es muy sano: sólo venden sándwiches y refrescos. Nada de chelas ni de

alcohol. El escenario está decorado con una enorme guitarra eléctrica de fibra de vidrio sostenida por dos cables. No está muy bien sujeta y se bambolea por todo el relajamiento que trae el grupo allá arriba. Por todo el lugar unas demoedecanes ofrecen productos gratis. Ya me tomé como cinco vasitos de té helado y no aguanto las ganas de ir al baño. Lo malo es que no quiero cruzar todo el auditorio y luego regresar. Las odio un poco. Están disfrazadas con minifalda negra de piel y ombligueras con la marca de los patrocinadores grabada en plateado. No todas tienen el vientre plano, a algunas hasta se les ve un poco de panza. Nadie les hace caso, excepto por el té helado.

Estoy hasta adelante, el Grunch me pidió que me pusiera aquí. Más allá están su mamá y sus hermanas, las tres traen puesta camisetas negras estampadas con: ALMAS MUERTAS. Se tomaron en serio esta tocada: mandaron a hacer camisetas y traen mantas y carteles. A la mamá del Grunch la camiseta le queda demasiado chica y se le salen las lonjas, es obvio que no le importa. Las hermanas no están mejor.

Yo también traigo puesta una camiseta igual.

El Juego de Tú cierra con "Time is Running Out" de Muse y se llevan una ovación tremenda, hasta por los que no venimos aquí a apoyarlos. Hay quince minutos de descanso entre banda y banda. El Grunch sube al escenario y me ve y me hace un gesto de saludo con la cabeza, actúa como si nada. Se acomoda y revisa la conexión del cable de su bajo. El resto del grupo hace lo mismo. Alguien me pone la mano en el hombro. Volteo y es Oasis.

Hola, me saluda.

Hola.

En lugar de traer camiseta negra, lleva puesta una sudadera de jerga que se le ve muy bien. ¿Cómo estás? Bien, ¿y tú? Bien, ¿con quién vienes? Con ellos, le digo señalando hacia el escenario, ¿tú? Con los que acaban de tocar. Son muy buenos. Sí, dice, van a ganar. Probablemente tiene razón. Me le quedo mirando un rato, después de todo sí está muy bonito.

Me pregunta si quiero hacer algo con él un día de estos.

Estaría bien.

Chido.

Órale.

Va.

Y desaparece de nuevo entre la gente.

Una hermana del Grunch me pregunta si ya estoy lista y me quiere pasar una manta. Le señalo el cartel que ya tengo en la mano y se va a gritar con su familia. La mamá está muy emocionada y aplaude. Hay una demoedecán cerca de mí, así que tomo otro té helado. Siento que la vejiga me va a explotar. Volteo hacia el baño: hay mucha gente en el camino. Quince minutos entre banda y banda. Veinticinco minutos máximo por grupo. Cinco minutos por canción. Sólo cuatro o cinco canciones. El tiempo está por terminar. Eso es bueno. Todos guardamos silencio. Las Almas Muertas intenta algunos acordes para acoplarse.

Quisiera ir al baño, pero ya van a comenzar a tocar.